

EL SOCIALISTA

ORGANO DEL PARTIDO OBRERO



SUSCRIPCIÓN POR TRIMESTRE: España, 1 peseta; Ultramar, 1,25; Portugal, 1,50; Otros países, 1,75. VENTA: Paquete de 30 números, una peseta. Los pagos se efectuarán en libranzas del Giro Mutuo o en letras de fácil cobro. No se servirá ninguna suscripción cuyo pago no se hubiere efectuado.

APARECERÁ LOS VIERNES

REDACCION Y ADMINISTRACION, BERNAN CORTES, 8, PRAL.
Horas de oficina. de ocho á diez de la noche.

Las suscripciones se reciben: en Madrid, en la Administración, y en provincias, en el domicilio de los corresponsales del periódico ó dirigiéndose directamente al Administrador. La correspondencia de Redacción, á nombre de Pablo Iglesias; la de Administración, al de Manuel Atienza.

SUSCRIPCIÓN

A FAVOR DE LAS VÍCTIMAS

DE LOS EXPLOTADORES DE RIPOLL Y CAMPDEVANOL

	Pesetas.
Suma anterior.....	363,94
MADRID	
P. I., 0,25.—A. Atienza, 0,25.—F. Diego, 0,25.....	0,75
BARCELONA	
I. Amorós, 0,25.—A. G. Q., 0,25.—Reovo, 0,25.—Vicente Fort, 0,25.—B. Carcasona, 0,25.—Guix, 0,25.—Carbó, 0,25.—Duval, 0,25.—Joaquín Rurés, 0,25.—Rodríguez, 0,27.—E. Mauegal, 0,25.—Tarragó, 0,20.—Palmira, 0,20.—Almela, 0,20.—Ribera, 0,10.—Sala, 0,10.—D. de Diego, 0,20.....	3,77
TOTAL.....	368,46

SUSCRIPCIÓN PERMANENTE

PARA ATENDER

Á LOS GASTOS DE EL SOCIALISTA

	Pesetas.
Suma anterior.....	139,46
MADRID	
P. I., 0,25.—Una socialista, 0,50.—M. G., 0,25.—José Martínez Gil, 0,25.—A. Atienza, 0,25.—Eduardo García, 0,25.—F. Diego, 0,25.....	2,00
TARRAGONA	
Camilo Huguet.....	0,25
SAN MARTÍN DE PROVENÇALS	
Agrupación socialista, 5.—Miguel Sauvage, 1.....	6,00
SAN JUAN DE VILASAR	
Juan Roldós.....	0,30
SAN ANDRÉS DE PALOMAR	
José Aresté, 1.—Pedro Viñas, 1.—José Ballori, 1.....	3,00
TORRELLÓ	
Pedro Guiteras.....	0,75
MORA	
B. M.....	0,25
TOTAL.....	152,01

LA SEMANA BURGUESA

La burguesía universal celebra el primer centenario de su triunfo sobre el régimen aristocrático y feudal.

Exceptuando los órganos de los que se esfuerzan en vano por una restauración imposible de instituciones que al cumplir su histórica misión fueron aventadas por el huracán revolucionario, la prensa toda, monárquica y republicana, canta himnos en alabanza de aquel sacudimiento, que al ostentar por bandera los grandes principios Libertad, Igualdad, Fraternidad, parecía llamado á realizar la fórmula sublime del progreso, la emancipación del hombre en todas las esferas de la vida.

Sin embargo, aquella epopeya, debida en gran parte al esfuerzo heroico y á la sangre preciosa de la masa popular, fué empuñada al servir al encumbramiento de una clase que, al destruir antiguos privilegios y tiranías, conservó en su provecho la servidumbre del cuarto estado, aunque transformada con brillantes apariencias teóricas.

Y después de cien años de dominio, ¡ha satisfecho esa clase en la más mínima parte aquellas generosas aspiraciones de armonía social que proclamara en sus albores! Al hacer alarde de hallarse en la plenitud de su poderío, ¿tiene fe en la firmeza del terreno en que se asienta?

Si se presta atención á los panegiristas pagados de la clase dominante, la respuesta es afirmativa.

Pero los hechos, pese á los más hábiles sofistas, rechazan con elocuencia abrumadora semejante aserto.

¡Armonía social! Mentira grosera, cuyo cinismo resalta al contemplar la actitud de desconfianza, de recelos, de odios mutuos en que se hallan colocadas

las naciones, prontas á caer unas sobre otras con la pesadumbre inmensa de elementos guerreros mil veces más destructores que los de los tiempos bárbaros; actitud puesta de relieve con el retraimiento de los principales Gobiernos en el acto inaugural de la Exposición.

¡Armonía social, cuando la guerra es todavía ley reguladora del derecho!

¡Armonía social, cuando ni siquiera existe en el seno mismo de la clase gobernante de los diversos países!

¡Armonía social, cuando la protesta del proletariado patentiza antagonismos profundos como no existieron nunca!

Y si ésta es la verdad incontestable, ¿qué queda de la grandeza del hecho histórico que hoy conmemora la burguesía? ¿Cuáles son sus resultados positivos?

¡Derechos naturales reconocidos! ¡Libertad política y económica consagrada!

¡Mentira! ¡Mentira!

Al feudalismo señorial siguió el feudalismo capitalista, más hipócrita y repugnante que aquél. Entre la servidumbre del obrero moderno y la del antiguo siervo no hay diferencia esencial: si el señor de horca y cuchillo disponía de vidas y haciendas, de haciendas y de vidas dispone el capitalista acudado: aquél mataba con el hierro: éste mata con el hierro y con el hambre á sus esclavos los trabajadores.

La libertad política, coexistiendo con la esclavitud económica, no es sino el espejismo engañoso con que se pretende velar una burla sangrienta. Ni esa libertad puede disfrutarla el proletario, ni ha sido más que el instrumento del predominio burgués.

La libertad económica, la libertad de trabajo, se traducen por el engrandecimiento y riqueza de los parásitos astutos y por la miseria y sumisión de los productores.

Libertad, igualdad y fraternidad son, pues, hoy aspiraciones sin realidad, compensadas solamente por un cuadro fastuoso de grandezas aparentes, donde ráfagas de luz resaltan sobre fondo inmenso de sombras.

La burguesía, al cumplir su primer centenario, se encuentra herida de muerte: la ley del progreso, al dar razón de ser á la moderna lucha de clases, exige su desaparición inmediata.

¡Paso á la Revolución social, que al implantar la igualdad económica dará base indestructible á la fraternidad humana!

Un par de datos que disipará las dudas de los que regatean las grandezas á la revolución *igualitaria* del 89.

El asesinato de un bohemio por la disputa de una peseta y una libra de colillas, y el fallecimiento del opulento marqués de Urquijo.

El moderno señor del feudalismo capitalista deja al morir *cuatrocientos millones* de reales, arrebatados al trabajo por el legal bandolerismo financiero.

El bohemio muere sobre las inmundicias de un estercolero, entre otros muchos desgraciados sin más patrimonio que la miseria y por único albergue el maladar.

Arriba el fausto, la abundancia, las comodidades y los goces de la rapiña en grande escala.

Abajo el abandono, las torturas de la miseria, atenuadas sólo por los calmantes de la ignorancia, la barbarie ó la idiotez.

¿Y habrá todavía quien niegue que hemos llegado al apogeo de la civilización?

La verdad es que cuando se realizan hechos como los anteriores, la propaganda socialista no tiene razón de ser, no encuentra terreno donde germinar. ¿No es cierto, señores economistas?

Pero ello es que la tal propaganda debe ser cosa de cuidado, cuando de uno á otro extremo del campo de la burguesía llueven anatemas contra ella, y cada

una de las parcialidades en que aquélla se divide cree poseer el secreto de su destrucción.

El ultramontanismo, por boca del Sr. Pidal, acaba de combatir las doctrinas disolventes del socialismo en el reciente Congreso católico; pero si de sus ataques salen ilesas las nuevas ideas, en cambio resultan descalabradas las que sirven de fundamento á la burguesía.

He aquí un sustancioso párrafo de su discurso, cuyas últimas palabras no hay ya exorcismos bastantes á impedir que el proletariado convierta en realidad:

«El sabio que se expide patente de *sabiduría* á sí propio, pronuncia desde lo alto de su cátedra: «No hay Dios»; escúchalo atónito el magistrado y lo traduce para su conciencia, exclamando: *No hay justicia*; resuena en los oídos del criminal, y se dice á sí mismo: *No hay delito*; lo oye el hijo de familia, y concluye lógico: *No hay virtud*; llega á conocimiento del súbdito, y reflexiona: *No hay autoridad*; medita sobre ello el ambicioso conquistador, y dice: «Apoderémonos de Roma y despojemos al vicario de Cristo»; y cuando la enseñanza desciende, allí donde la miseria agujonea todos los instintos de rebelión y de concupiscencia, el *principio* se convierte en *blasfemia*, estalla formidable la revolución material, corre la sangre por las calles, y entre el estampido del cañón se escuchan estas pavorosas palabras preferidas á gritos por las muchedumbres populares: «No queremos oír hablar de Dios, de vida futura, ni de cielo. La Ciencia ha demostrado que son un sueño, una Mentira. No los queremos. Lo que pedimos es el Infierno; es la Nada, pero... con TODOS LOS GOCES que la preceden.»

La República pintada por un republicano.

El Sr. Malagarriga, aquel periodista que hace poco nos cantaba en *El Liberal* las bienandanzas de la República Argentina de sobremesa de un opíparo banquete, no ha tardado en mostrarnos el reverso de la brillante medalla.

Da cuenta del incendio de tres coches de ferrocarril donde iban *almacenados* más de 80 emigrantes, que sucumbieron víctimas de la falta de celo de la empresa, y añade:

«Al día siguiente los periódicos hicieron un poco de ruido, pidieron al Gobierno mucha energía para con las empresas... y luego nada. Lo mismo que si estuviera uno en España.»

¿Se quiere más claro? En las monarquías como en las repúblicas el verdadero señor es el capitalista.

Habla después de la *independencia* de la prensa, y refiere como la cosa más natural del mundo el hecho de haber retirado el Gobierno la subvención á uno de los principales periódicos por no dar gusto á los señores.

«Por lo menos—exclama—aquí se habla claro.»

Lo cual es una razón más para que el porvenir de la República aparezca cada vez más turbio á los ojos de los obreros.

NUESTRO EXCLUSIVISMO

Los escritores burgueses que se la dan de conocer las ideas y la conducta del Partido Socialista Obrero y pretenden hacer la crítica de ellas, han sostenido más de una vez que los fines de éste tienden solamente á favorecer una sola clase—la trabajadora—y que no admite en su organización otros elementos que los procedentes del campo obrero.

Aunque la simple lectura del programa de nuestro partido y de la organización general por que se rige desmienten terminantemente tales asertos, vamos á responder á ellos, con objeto de que nadie pueda abrigar la menor duda respecto á la grandeza de nuestro ideal y á que en nuestras filas tienen cabida todos cuantos quieran el advenimiento de un régimen social donde no haya ni esclavos ni señores, ni opresores ni oprimidos, sino en que impere la igualdad social, produciendo todos y todos consumiendo.

El principal motivo de que se hagan semejantes acusaciones al Partido Obrero está en que la mayor parte de los burgueses que le combaten tienen la

creencia de que su clase ó las que la precedieron en el dominio del mundo lucharon, no por sus propios intereses, sino por el bien de todos; cuando no ha sido así.

Las clases sociales, lo mismo en sus períodos de vigor que en los de decadencia, ya fueran dominantes ó dominadas, se han movido, han luchado siempre por lo que á ellas les convenía. Puede ser que no conocedoras del antagonismo que entre los intereses de unas y otras había, ó juzgando que el sostenimiento ó el triunfo de los de cada una entrañaba un beneficio general, creyeran que combatían por el bien común; pero esa era una ficción, que los hechos se encargaban inmediatamente de descubrir y de la que no participaban las inteligencias perspicaces.

La burguesía francesa, al conquistar hace un siglo el poder político, y con él la supremacía económica, decía ciertamente que su triunfo significaba el triunfo de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad, del trabajo libre, etc., etc.; pero no pasó mucho tiempo sin que los hechos demostrasen que aquel acontecimiento sólo aprovechaba á la burguesía, que había realizado el pensamiento de Siéyès, esto es, que de nada que era había pasado á serlo todo. El pueblo tuvo, sí, más libertad, más igualdad política; pero tuvo y tiene también más explotación, más esclavitud económica, que es el verdadero contenido de la pomposa frase: *trabajo libre*.

¿Mas cómo negar que las clases sociales se han movido y han luchado sólo por sus intereses, cuando los grupos y los individuos de las que han dominado hasta ahora se han movido y luchado á su vez por los suyos respectivos, olvidando los generales de su clase? ¿No presenciamos esto con harta frecuencia en la actualidad? Los librecambistas, hermanos de explotación de los proteccionistas y miembros, como ellos, de la clase que hoy domina, ¿de qué se preocupan? ¿Del interés de toda su clase? No; de que sus productos tengan fácil salida y de enriquecerse pronto, aunque al lograr esto, los proteccionistas sufran quebranto ó se vayan á pique. Estos, por su parte, no hacen más que pedir leyes protectoras que beneficien sus intereses, que aumenten sus ganancias, importándoles un bledo que la obtención de aquéllas pueda perjudicar á sus colegas de clase los librecambistas. Las luchas de los grandes capitalistas con los pequeños, de las Compañías poderosas entre sí, de un industrial con otro por medio de la competencia, ¿qué significan sino que todas esas colectividades é individuos se cuidan principalmente de sus respectivos intereses, no de los de su clase? Desde el momento que hay insolidaridad no puede suceder otra cosa: los grupos, como los individuos, pelean por sus intereses no más.

Ahora bien: si los antagonismos sociales han hecho que cada clase luchara única y exclusivamente por sus intereses, la clase trabajadora no puede faltar á esa ley, ha de hacer lo mismo que las demás han hecho; sólo diferirá de éstas en el modo de proceder, pues mientras ella proclama abierta y francamente sus propósitos, las clases privilegiadas, por desconocimiento de los términos del antagonismo y además por conveniencia, daban á sus fines un alcance que en realidad no tenían.

Pero en tanto que el triunfo de la clase burguesa y de las anteriores á ella no implicaba más que el triunfo de unos pocos hombres en daño de la inmensa mayoría, que quedaba supeditada á los vencedores, el triunfo de la clase proletaria representa la conclusión de toda esclavitud, de todo privilegio, de toda desigualdad social. Claro está que el aguijón que mueve á los obreros, la causa que les obliga á trabajar por el establecimiento de una sociedad donde la explotación del hombre por el hombre no se conozca, es su propio malestar, el deseo de poner término á su miseria; pero eso no quita para que la solución que reclaman sea conveniente á todos y lleve el sello de la más estricta justicia.

¿Es injusto abolir las clases, esto es, hacer imposible que unos hombres dominen á otros?

¿Es injusto ó perjudicial garantizar á todo ser humano el derecho á la vida, es decir, que no pueda darse el caso, como se da hoy, de que se muera una persona por falta de alimentación ó de abrigo?

¿Es injusto que todos los individuos válidos tengan que trabajar para producir lo que las necesidades de la vida, satisfechas lo más ampliamente posible, reclaman?

¿Es injusto extender, hacer patrimonio de todos los miembros de la sociedad la instrucción y la ciencia?

Pues todo eso es lo que quiere la clase asalariada conocedora de sus intereses y amante de su libertad, y lo que constituye el programa del Partido Socialista Obrero.

Véase, pues, como proceden con suma injusticia ó con gran desconocimiento los que acusan á nuestro partido de tener una aspiración egoísta y mezquina.

Cuanto al exclusivismo del Partido Obrero en lo que se refiere á cerrar sus puertas á quien no sea explotado, no tenemos necesidad de decir mucho para probar que es una invención desprovista de todo fundamento.

En nuestro partido, en las Agrupaciones socialistas, que es donde se inscriben los que quieren afiliarse á él, tienen entrada todos los individuos que declaran estar conformes con su programa, ya sean obreros manuales, obreros de la inteligencia, como muchos llaman á los hombres de carrera, ó burgueses. Abrimos las puertas á éstos, aunque á algunos les parezca extraño, porque sabiendo que en las clases privilegiadas ha habido hombres de recto proceder y defensores de la verdad, no queremos privar á nuestra causa del concurso que puedan prestarle los que, no obstante ser burgueses, reúnan aquellas condiciones.

Y esto en nada está reñido con la lucha de clases que á todas horas proclamamos. El burgués que acepta nuestras doctrinas viene al campo socialista á pelear por los intereses de la clase trabajadora, que son al mismo tiempo los de la humanidad, contra los intereses de su propia clase. Burgués por posición, no lo es por ideas, y deserta del campo opresor para luchar al lado de los oprimidos.

Mirabeau y los demás nobles que pusieron su inteligencia y su actividad al servicio de la burguesía francesa y que tanto contribuyeron á su triunfo, no eran otra cosa que desertores de la clase aristocrática, movidos unos por sentimientos elevados é impulsados otros por las ofensas y agravios que les habían inferido los suyos.

Lo único que exige el Partido Obrero á los burgueses que vienen á él es que su conducta, su proceder con los trabajadores á quienes explotan respondan á las ideas que profesan, esto es, que su trato difiera del que generalmente dan los patronos y los salarios que paguen no sean nunca inferiores á los que abonen los menos tiranos.

No hay, por consiguiente, en nuestro partido más exclusivismo que el que tienen todos los partidos serios, á saber: mantener con firmeza sus principios, rechazar toda amalgama y no considerar dentro de él sino á los individuos que los acepten y respeten.

LA COMMUNE DE PARÍS

DE 1871

(Continuación)

XXVIII

Las cuerdas de prisioneros.—La Orangerie.—Satory.—Los delatores.

Afortunados los muertos, que no tuvieron que subir al Calvario de los prisioneros.

Cuando los fusilamientos tenían lugar en masa, calcúlese lo que serían las detenciones. Fueron una *razzia* furiosa: hombres, mujeres, niños, parisienses, provincianos, extranjeros, una confusión de gente de ambos sexos, de todas las edades, de todos los partidos y de todas las condiciones. Con frecuencia se llevaban á todos los inquilinos de una casa, á todos los habitantes de una calle. Una sospecha, una palabra, una actitud dudosa bastaba para ser presa del furor de los soldados. Desde el 21 hasta el 30 prendieron de esta suerte *cuarenta mil* personas.

Los presos eran formados en largas cuerdas y dirigidos sobre diferentes puntos. Al que se negaba á marchar lo espoleaban con la punta de las bayonetas, y si resistía, lo fusilaban en el acto, á veces atado á la cola de un caballo. Delante de las iglesias de los barrios ricos se obligaba á los cautivos á arrodillarse, con la cabeza descubierta y bajo una turba infame de lacayos, de elegantes y de prostitutas, que gritaban: «¡Mueran! ¡Mueran! ¡No paséis adelante! ¡Fusilados aquí mismo!» En los Campos Elíseos, aquella flor de la burguesía intentó romper las filas y derramar con sus propias manos la sangre de los prisioneros.

Desde el día 24, éstos fueron encaminados á Versalles. El general Galiffet los aguardaba en la puerta de la Muette. En el tránsito de la ciudad, este verdugo con entorchados escoltaba las cuerdas, parándose debajo de los balcones de los clubs aristocráticos para recoger los aplausos y los vivas. En las puertas de París era otra cosa: allí cobraba su diezmo de sangre, recorría las filas de presos y, con su cara de lobo flaco, decía á uno: «Usted parece inteligente. Salga fuera.» Y á otro: «Usted tiene reloj; debía ser un empleado de la Commune.» Y lo ponía aparte. El día 26, en un solo convoy, escogió 83 hombres y 3 mujeres, los hizo formar á lo largo de la muralla y los mandó fusilar delante de sus compañeros. Después de cuya hazaña dijo á estos últimos: «Yo me llamo Galiffet. Vuestros periódicos de París me han insultado bastante. Ahora me desquito.» El domingo 28 mandó parar á la salida de París un numeroso convoy de prisioneros, y les habló así: «Los que tengan canas que salgan de las filas.» Ciento once cautivos se adelantaron. «Vosotros—prosiguió Galiffet—habéis visto las jornadas de junio de 1848; sois más culpables que los otros...» Y sus cadáveres rodaron hasta el foso de las fortificaciones.

Hecha aquella bárbara depuración, los convoyes tomaban la carretera de Versalles, entre dos filas de soldados de caballería. Se los habría tomado por unas hordas de salvajes que arrebataban una población entera. Chiquillos, hombres de barbas encanecidas, soldados con los capotes vueltos del revés, hombres vestidos con elegancia, todas las condiciones, las más rudas y las más delicadas, confundidas en el mismo torbellino. Muchas mujeres, de ellas algunas con las esposas en las manos; esta con su criaturita, que estrechaba el cuello maternal con sus manecitas temblorosas; aquella con el brazo roto ó la camisa tinta en sangre; estotra abatida, agarrada al brazo de un compañero más vigoroso que ella; la de más allá en una actitud escultural, desafiando el dolor y las injurias, siempre la mujer del pueblo, que, después de haber llevado el pan á los que peleaban en las trincheras y el consuelo á los moribundos, perdida la esperanza,

«cansada de no dar á luz más que infelices,»

se había lanzado al encuentro de la muerte libertadora.

La admirable actitud de estas hijas y esposas de trabajadores, que entusiasmaba á los extranjeros, exasperaba la ferocidad versallesa.

«He visto—decía el corresponsal del periódico inglés el *Daily News*—una joven, vestida de miliciano nacional, que marchaba con la cabeza erguida en un grupo de prisioneros que tenían los ojos bajos. Aquella mujer, de alta estatura, con sus luengos cabellos flotantes sobre los hombros, desafiaba á todo el mundo con la mirada. La muchedumbre la colmaba de ultrajes; pero ella no pestañeaba y daba rubor á los hombres con su estoicismo. ¡Ah! Si la nación francesa no se compusiera más que de mujeres, sería una nación terrible.»

Extenuados, cubiertos de inmundicias, en el colmo del cansancio, del hambre y de la sed, bajo los rayos de un sol ardiente, acosados por los gritos y los golpes de sus verdugos, los presos se arrastraban durante horas y horas en el polvo abrasador del camino. Los que caían eran casi siempre fusilados. Algunas veces se los echaba en los carros que seguían al convoy.

A la entrada de Versalles los aguardaba la multitud, siempre «distinguida», de la sociedad francesa: diputados, funcionarios, sacerdotes, oficiales y damas del gran mundo. Los furiosos del 4 de abril y de los convoyes precedentes fueron sobrepujados como el mar se sobrepuja á sí mismo en las mareas de equinoccio. Las avenidas de París y de Saint-Cloud estaban ocupadas por aquellos salvajes, que formaban la carrera y envolvían los convoyes de prisioneros de vociferaciones, de golpes y les arrojaban todo género de inmundicias y hasta cascotes de botellas. Desgraciado del que no insultaba á los prisioneros; desgraciado del que dejaba escapar un gesto de conmiseración. Inmediatamente era preso, conducido á la prevención ó simplemente empujado al convoy. ¡Espantoso retroceso de la naturaleza humana, tanto más repugnante cuanto que contrastaba con la elegancia del vestido! Varios oficiales prusianos acudieron de Saint-Denis para ver una vez más aquellas clases gobernantes que habían tenido enfrente de ellos.

Los primeros convoyes fueron paseados como un espectáculo por las calles de Versalles. Otros estacionaron muchas horas en la plaza de Armas, á una temperatura tórrida, á dos pasos de los árboles frondosos cuya sombra se les negaba. Los prisioneros eran distribuidos después en cuatro depósitos: las cuevas de las Grandes Caballerizas, la Orangerie ó invernadero del Palacio Real, los docks de Satory y los picaderos de la Escuela Militar de Saint-Cyr. En las cuevas húmedas, nauseabundas, donde la luz y el aire sólo penetraban por algunas estrechas lumbreras, fueron hacinados millares de hombres y niños, algunos de los cuales no llegaban á diez años, sin agua para lavarse, sin ningún medio de mudarse de andrajos: los parientes que les traían ropa eran despedidos brutalmente. Dos veces al día presentábanles en una especie de artesa un líquido amarillento: la sopa. Los gendarmes vendían tabaco á precios exorbitantes y lo confiscaban después para venderlo. Ni un solo médico en los cuatro depósitos. La gangrena carcomía á los heridos, y las oftalmías no tardaron en declararse. El delirio se hizo crónico. Por la noche se oían los alulidos de los calenturientos y de los locos. Enfrente, los gendarmes permanecían impasibles, con los fusiles cargados.

Después de aquellas tinieblas había tinieblas más profundas todavía, la llamada Fosa de los Leones, subterráneo sin aire, absolutamente oscuro, bajo la escalera principal de la azotea del palacio. En esta especie de antecámara del sepulcro encerraban á todo el que era notado de peligroso ó solamente que había desagradado al sargento de la gendarmería. Los más robustos sólo resistían unos cuantos días en aquel calabozo. Al salir, titubeando, con la cabeza vacía, deslumbrados por la luz del día, se desmayaban.

El infierno al aire libre era el dock de la meseta de Satory, vasto paralelogramo rodeado de muros. El terreno de la meseta es arcilloso y la lluvia más leve lo empapa como una esponja. Los primeros que llegaron fueron colocados en los edificios, que podían contener mil trescientas personas aproximadamente. Los demás se quedaron fuera, al agua y al sol, sin nada en la cabeza, pues gorras y sombreros habían saltado en París ó en Versalles. Los gendarmes daban la guardia porque se les consideraba más duros é implacables que los soldados.

El jueves por la noche una cuerda, compuesta principalmente de mujeres, llegó al dock de Satory.

«Varias de nosotras—cuenta una de ellas, la esposa del jefe de la 8.^a legión—se habían quedado en el cami-

no; no habíamos probado ni un bocado desde por la mañana.

«Era aún de día cuando vimos una gran multitud de prisioneros. Las mujeres estaban aparte, en una barraca, cerca de la entrada.

«Nos dijeron que había una charca, y como nos moríamos de sed, acudimos presurosos al sitio que nos habían indicado. Las primeras que bebieron lanzaron un grito agudo y vomitaron: «¡Oh, qué infames! ¡Nos dan á beber la sangre de nuestros hermanos!» Desde el día antes, los prisioneros iban á lavar sus heridas en aquella charca. Y á pesar de todo, la sed nos atormentaba tan cruelmente, que algunas tuvieron el valor de enjuagarse la boca con aquella agua sanguinolenta.

«Como la barraca estaba llena, nos obligaron á acostarnos en el suelo, por grupos de doscientos. Un oficial se presentó y nos dijo: «Viles criaturas, oid la orden que voy á dar: gendarmes, á la primera que se mueva, haced fuego contra esas p...»

«A las diez de la noche oímos muchas detonaciones cerca de nosotras. Al oírlas nos pusimos en pie. «¡Acostaos, miserables!—gritaron los gendarmes apuntándonos con sus fusiles.—Estaban fusilando á dos pasos de nosotros un grupo de prisioneros. Creíamos que las balas nos atravesaban la cabeza. Los gendarmes asesinos vinieron á relevar á los que nos servían de guardianes, y así pasamos toda la noche custodiadas por unos hombres ebrios de sangre, que decían con voz ronca á las que temblaban de terror y de frío: «No te impacientes, ya te llegará tu vez.» Al amanecer vimos los cadáveres de los fusilados. Los gendarmes decían entre ellos: «¡Qué buena vendimia hemos hecho esta noche!»

La noche siguiente, los presos oyeron un ruido de azadones y martillos en la pared del Sur. Los fusilamientos y las amenazas los habían enloquecido, y aguardando la muerte por todos lados, bajo todas las formas, creyeron que esta vez se trataba de hacer una mina para volar la prisión. Pero el peligro no era menos horroroso: lo que vieron fué unas tróneras, por donde aparecieron las ametralladoras, y á poco oyeron unas descargas espantosas, cuyo estampido indescriptible vivirá eternamente en la memoria de los pocos que han quedado de aquella noche sangrienta. El hecho de las descargas de ametralladoras lo atestiguan varios periódicos burgueses, entre otros *Le Siècle*, que lo refirió en los siguientes términos:

«Anteayer hubo en Satory una tentativa de sublevación. Los soldados empezaron por apuntar á los amotinados, pero como este procedimiento no parecía suficientemente expeditivo, se recurrió á las ametralladoras, que hicieron fuego *al monón*. El orden fué restablecido, pero ¡á qué precio!» — (Versalles 27 de Mayo).

El viernes por la noche una tempestad descargó sobre el campamento. Los prisioneros se vieron en la necesidad, so pena de morir ametrallados, de pasar toda la noche tendidos en el fango. Más de veinte perecieron de frío.

Los docks de Satory no tardaron en convertirse en lugar de romería para la alta sociedad versallesa. El capitán Aubry hacía los honores del campamento á las damas, á los diputados y á los escritores, mostrándoles sus prisioneros revolcándose en el fango, royendo algunas galletas ó yendo á tomar unos sorbos de la charca, donde los guardias no tenían reparo en hacer sus necesidades. Algunos, completamente locos, se estrellaban la cabeza contra las paredes, otros aullaban, mecándose los cabellos y la barba. Una nube fétida se elevaba de aquella aglomeración viviente de andrajos y miserias de todo género.

«Los habitantes de París—escribía un periódico—temen la epidemia resultante de la sepultura de tantos insurrectos muertos en la ciudad; los que el *Diario Oficial de la Commune* llamaba rurales temen mucho más la presencia de los insurrectos vivos en el campamento de Satory.»

Tal era el sentimiento dominante en aquellas personas honradas de Versalles que acababan de celebrar el triunfo de «la causa de la justicia, del orden, de la humanidad y de la civilización». El miedo de sus propias víctimas.

Desde el 24 de mayo hasta los primeros días de junio, las cuerdas de prisioneros no cesaron de afluir á aquellos sumideros. Las detenciones continuaban noche y día. Los guardias de Orden público acompañaban á los militares, y so pretexto de pesquisas, descerrajaban los muebles y se apropiaban los objetos de valor. Se prendía no sólo á las personas complicadas en los últimos acontecimientos y á las que eran objeto de denuncias de sus vecinos, sino á cualquiera que era conocido por sus opiniones sinceramente republicanas. Fueron presos igualmente los proveedores de la *Commune* y hasta los músicos que no habían traspasado nunca las fortificaciones.

Algunos infelices que se habían refugiado en las catacumbas fueron perseguidos á la luz de las antorchas. Los agentes de policía, ayudados de perros, hacían fuego sobre cualquier sombra sospechosa. Se organizaron batidas en los bosques inmediatos á París. La policía ocupaba todas las salidas de Francia. Los pasaportes tenían que ser renovados y referendados en Versalles. El día 26, Julio Favre había pedido solemnemente á todas las potencias extranjeras la extradición de los fugitivos, so pretexto de que la lucha en las calles no era un acto político.

La traición florecía en París. El miedo cerraba todas las puertas. Los perseguidos no hallaban asilo en ninguna parte, ni amigos apenas, ni compañeros. Los médicos renovaron las infamias de 1834, y entregaron los

heridos. Todos los viles y bajos instintos remontaron á la superficie, y París descubrió cenagales de ignominia que nadie habría sospechado ni aun bajo el Imperio. Las «personas honradas», dueñas de la situación, mandaban prender, como á comunales, á sus rivales, á sus acreedores, y formaban Comités de depuración en sus respectivos distritos. La *Commune* se había negado siempre á escuchar á los delatores. La policía del orden los recibió con los brazos abiertos. Las denuncias ascendieron á la cantidad fabulosa de 399.823, cuya vigésima parte, á lo sumo, estaban firmadas.

Una parte muy principal en tan inhumana tarea corresponde á la prensa periódica. Cuando creyó que el furor de la burguesía se aplacaba, evocó las tétricas divinidades del miedo, y no hubo invención, sobre todo las más idiotas, de junio del 48, que no fuera renovada, apropiada á la actualidad y horriblemente ampliada. Pedría componerse un volumen—y se compondrá algún día—con todas estas fábulas, tan absurdas como odiosas, volumen muy característico de la burguesía y no poco instructivo para la clase obrera.

Hubo, para honor de la humanidad, algunos rasgos de generosidad y aun de heroísmo, en medio de esta epidemia de bajeza y cobardía. Vermorel, herido, fué recogido por la mujer de un portero, que logró, durante algunas horas, hacerle pasar por su hijo. La madre de un soldado versallés dió asilo á varios individuos de la *Commune*. Un número considerable de insurrectos de fama debieron su vida y su libertad á personas desconocidas. Y no hay que olvidar que en las primeras horas había peligro de muerte en dar albergue á los vencidos, y que después se corría el peligro de la deportación.

El término medio de las detenciones se sostuvo en los meses de junio y julio en cien diarias. En Belleville, Ménilmontant y en el 13.º distrito, en ciertas calles no quedaban más que mujeres. Los versalleses, en sus falsas relaciones, han confesado 38.568 prisioneros, entre los cuales había 1.658 mujeres y 651 niños. Pero la verdad, actualmente demostrada, es que el número de personas detenidas pasó de cincuenta mil.

Millares de individuos tuvieron que esconderse, y millares pasaron al extranjero. Se tendrá una idea aproximada de las pérdidas recordando que en las elecciones complementarias de julio de aquel año figuraron 100.000 electores menos que en las de febrero. La industria parisiense recibió un tremendo golpe. La mayor parte de los obreros que dan á la fabricación de París su sello artístico perecieron, fueron detenidos ó emigraron en masa. En el mes de octubre el Consejo municipal de París hacía constar en una Memoria oficial que ciertas industrias tenían que devolver los pedidos por falta de brazos.

La izquierda de la Asamblea Nacional siguió hasta el fin la línea de conducta que se trazara el 18 de marzo. Después de haber votado las gracias al ejército, unió también sus maldiciones á las de los rurales. Luis Blanc escribió al *Figaro* para anatematizar á los vencidos, inclinarse ante sus jueces y declarar «la indignación pública legítima». En 1848 la sombría imprecación de Lamennais descargó sobre los verdugos, y Pierre Leroux defendió á los insurrectos. Los eminentes filósofos de 1871 estuvieron unánimes contra los comunales, y la extrema izquierda cerró sus oídos al estertor de veinte mil fusilados, y hasta, á cien metros, á los aullidos de la Orangerie.

Sólo en provincias hubo hombres valerosos. *Les Drois de l'Homme*, de Montpellier, que redactaba nuestro querido amigo y compañero Julio Guesde; *L'Emancipation*, de Toulouse; *Le National du Loiret* y varios otros periódicos avanzados refrieron los asesinatos de los vencedores. La mayor parte de estos periódicos fueron encasados ó suprimidos. Guesde fué condenado á seis años de deportación.

En Bruselas, Víctor Hugo protestó contra la declaración del Gobierno belga, que se obligaba á entregar los fugitivos. Luis Blanc y Schœlcher le escribieron una carta de vituperio. La casa del poeta fué apedreada por una turba de elegantes. Bebel en el Parlamento alemán y Whalley en el Parlamento inglés denunciaron la furia versallesa.

Los trabajadores del mundo entero hicieron solemnes funerales á sus hermanos de París. En Londres, en Madrid, en Ginebra, en Zurich, en Bruselas, en Leipzig y en otras muchas ciudades, reuniones en que figuraban hasta cien mil obreros se declararon solidarias de la *Commune*, entregaron verdugos y asesinos á la execración del mundo y declararon cómplices de aquellos crimenes á los Gobiernos que no habían sabido ó no habían querido atajarlos. Todos los periódicos socialistas glorificaron la lucha de los vencidos. La gran voz de la Internacional refirió sus esfuerzos en un manifiesto elocuente (1) y confió su memoria á los trabajadores del universo.

(Se continuará.)

MISERIA Y PROSTITUCION EN LONDRES

En la capital de Inglaterra hay en la actualidad 50.000 mendigos, 300.000 obreros sin ocupación, 250.000 que trabajan cortos periodos y 400.000 que trabajan regularmente, pero no ganan lo suficiente para poder vivir: total, un millón de seres en quienes la miseria, con mayor ó menor fuerza, tiene clavadas sus uñas.

(1) *La guerra civil en Francia*, redactado por el inolvidable Marx. Este importante documento ha sido reproducido en los primeros números de EL SOCIALISTA.

Como la prostitución es hija legítima de la miseria, al tomar ésta proporciones tan considerables como las que acabamos de indicar, aquélla no se ha quedado atrás, siendo verdaderamente aterradora la cifra que hoy alcanza en Londres.

En 1800 el número de prostitutas públicas en dicha capital llegaba á 80.000; en 1830, á 120.000; en 1840, á 160.000; en 1850, á 200.000; en 1880, á 270.000; hoy el número de esas desdichadas se eleva á 300.000.

¡Ah, señores economistas burgueses, y cómo los números echan por tierra todas vuestras afirmaciones!

Aseguráis que el aumento de la riqueza mejorará las condiciones de los trabajadores, y en efecto, la riqueza ha aumentado extraordinariamente en todo el presente siglo, pero la situación económica de los obreros ha empeorado, como lo demuestran las anteriores cifras.

La riqueza aumenta, sí, de día en día, pero ese aumento no va á poder de los proletarios, sino á manos de los explotadores, de los que detentan los medios de producción y de cambio, por lo cual en vez de hacer más llevadera la vida del obrero, sirve para que la explotación pese sobre él con más fuerza.

El aumento de la riqueza sólo beneficiará á los trabajadores cuando no sea patrimonio de una sola clase, de un puñado de acaparadores, sino cuando todos, absolutamente todos los seres humanos sean dueños de ella y tengan igual derecho á su goce.

Entonces será cuando no se conozca la miseria ni, por consiguiente, la prostitución, cuya sola existencia basta para negar á la sociedad actual el título de civilizada.

Hemos recibido el *Folkets Rost*, órgano de los socialistas de Suecia, que se publica semanalmente en Gotteborg.

Nos ha complacido en extremo la visita de tan estimado colega, con quien gustosísimos establecemos el cambio.

CARTA DE LÉRIDA

30 de abril de 1889.

Compañeros del Consejo de Redacción de EL SOCIALISTA:

Las ideas de unión y de solidaridad entre los miembros de la clase obrera española llegan á todas las localidades, contribuyendo principalmente á ello, de una parte las farsas é hipocresías de los partidos burgueses, y de otra el despotismo del capital, que no cesa de oprimir bárbaramente al obrero, ya disminuyéndole el salario, ya imponiéndole un trabajo superior á sus fuerzas, ó humillándole y vejándole con caprichosas condiciones.

Ahí va una prueba de lo que digo. El contratista de las obras de la Cárcel Modelo de esta capital, en su afán de obtener mayor ganancia en su empresa, exigió de los albañiles á quienes explotaba once horas de jornada, en vez de las nueve que venían trabajando. Los obreros, llenos de entereza y dignidad, se negaron terminantemente á acrecentar los beneficios de un advenedizo con las dos horas que pretendía robarles. ¿Qué ha provenido de aquí? Pues un hecho importante para los intereses del trabajo, la formación de una Sociedad de resistencia compuesta de albañiles y picapedreros, cuya Junta Directiva la constituyen los compañeros siguientes: Juan Manonellas, presidente; Ramón Gispert, vicepresidente; Francisco Sopena, depositario 1.º; Ramón Bajet, depositario 2.º; Ramón Tapiol, secretario; Francisco Nadal, vicesecretario; Juan Pujolá, Jaime Falguera, Mateo Aguilá y Ramón Cabau, vocales.

Esta Sociedad, en la reunión, por cierto numerosa, que celebró el próximo pasado domingo, examinó el reglamento que la Junta Directiva presentó á su aprobación.

Un hecho debo hacer constar para que se conozca la *abnegación* de algunos burgueses de Lérida, y es que como en invierno se trabajan nueve horas y en verano diez, no emprendían obras en la primera estación, dejándolas casi todas para el estío, con lo cual obtenían mayor ganancia.

Pero este abuso ha desaparecido ya, pues los albañiles asociados, en la reunión antes citada, acordaron trabajar nueve horas solamente lo mismo en invierno que en verano. Además, esta resolución figura en uno de los artículos del reglamento por que se rigen.

No será difícil que tras esta ventaja consigan otras los referidos compañeros.

En fin, lo que más importaba ahora, la unión de los mencionados trabajadores, es ya un hecho. Lo demás lo alcanzarán manteniéndose estrechamente unidos y siendo perseverantes en sus propósitos.

Pondré término á ésta diciéndoles que todos los sábados por la mañana centenares de pobres recorren las calles de esta población pidiendo limosna. Casi todos ellos son labradores á quienes la miseria obliga á implorar un pedazo de pan. Para evitar tan triste espectáculo ni las autoridades hacen nada ni la prensa, así monárquica como republicana, propone remedio alguno. Los satisfechos, los que tienen la culpa de que aquellos infelices se mueran de hambre, ven con la mayor indiferencia sus sufrimientos y dolores.

Esa crueldad, censurable siempre, hará que vengan pronto al Partido Socialista muchos trabajadores.

Vuestro y de la Revolución — *El Corresponsal*.

